

El fin de vuestro libro ha sido un bálsamo  
Que cerró las heridas que en mi alma  
Abrieran del principio algunas líneas  
Con el dolor mas hórrido trazadas.

Me habeis hecho feliz: sereis mi esposa  
Dentro tal vez de muy pocas semanas:  
Sí: todo lo he arreglado; y esta ha sido  
De no veros hasta hoy, Luisa, la causa.

— Cuán jeneroso sois.... señor Mamerto!...  
Mi corazon ¡ay Dios! no me engañaba  
Al juzgaros virtuoso como nadie....  
Y aun mas de lo que yo me imaginara....

Y de la hermosa á los brillantes ojos  
Se asomaron dulcísimas dos lágrimas,  
Que á la mano cayeron de alabastro  
Que el joven con delirio la besaba....

Ambos eran felices: para amarse  
Vinieron á la tierra aquellas almas,  
Y embriagados de amor y de delicias  
Entre sus brazos tiernos se estrechaban

Y desde aquel instante así amorosos,  
Las horas de la noche juntos pasan,  
Y esperan con ahinco el feliz dia  
En que deben unirse sus dos almas.

## SEGUNDO PASO.

¡ESTÁ LOGO!....

Son delirios de mi mente.  
G. GUTIERREZ.



Rodeada de sus tres hijos  
En un estrecho aposento,  
Está la hermosa Maria  
Con semblante macilento.

Con ambas manos esconde  
Su lindo rostro y anjélico,  
Para ocultar á sus hijos  
El llanto que está vertiendo.

Sentada está en una silla,  
Y á los piés de ella están ellos  
Agrupados, y guardando,  
Triste al verla, gran silencio.

Un hombre con fijos ojos,  
Por los que despide fuego,  
Desde un rincón á los cuatro  
Observa sin movimiento.

Amarillo tiene el rostro,  
Y en desórden el cabello,  
Que lácio y largo le cae  
Dándole un horrible aspecto.

Desgarrada la camisa  
Tiene y desgarrado el cuello,  
Y los tirantes caidos,  
Y sin cerrar el chaleco.

Está cruzado de brazos,  
Como dos canillas secos,  
Y de pié como una estatua  
Se le ve parado, quieto.

Largo rato hace que están  
Los cinco en este silencio,  
Dando á entender que están vivos  
Solo al respirar su aliento.

“¡Me es perjura... me ha engañado!...”  
Dijo al fin con rudo acento,  
Dando una patada el hombre  
Desesperado en el suelo.

“Pero yo he venido oculto  
“A aquí para sorprenderlos....  
“Yo sabré quién es... ya que ella  
Su nombre guarda en su pecho...”

Y llegando á largos pasos  
Hasta Maria al momento,  
La dijo, del brazo asiéndola,  
En voz baja y con misterio:

“¿Conoces, dime, á mi esposa?...  
“¡Ah!... es perjura y yo la quiero....  
“La verás... es muy hermosa...  
“Va á venir dentro un momento....

“No se lo digas á nadie;  
“A nadie... te lo prevengo....  
“Porque voy á asesinarla...  
“Vengo á matarla resuelto....

“Tiene un amante... ¡un amante...!  
“¡Ah!... pero en tanto juguemos;  
“¿Sabes jugar?... ¡ah! por ella  
“He perdido cuanto tengo!....

“Juguemos, sí, amigo mio:  
“¡Ay! es mi existencia el juego...  
“¡La sota!... otra vez la sota...  
“¡Oh! es carta que la detesto! ...

—¡Juan, Juan! .. por piedad... ¡oh! escu-  
(cha...

Escucha mi triste acento:  
Tu mujer te ama ... te adora....  
Lo sé, lo sé á punto cierto.

Es muy infeliz ... sí; mucho,  
Porque mira tus tormentos:  
Tú y sus hijos sois su encanto,  
Y es inocente su pecho....

—¡Y tú quién eres, que así  
La defiendes con empeño?...  
—¡Ah! soy una amiga suya  
A quien cuenta sus tormentos!...

Una amiga á quien ha dicho  
De do dimanar tus celos,  
Y que presencié la escena  
Que infelices os ha hecho.

—¡Tú presenciaste la escena  
Cuando de la sala huyendo,  
Por el balcon salió un hombre  
Muy mas que el aire lijero?...

—Yo la presencié.—¿Do estabas?...  
—De la misma sala dentro.

—Pues ¿cómo no te ví yo?...  
—Porque la ira te hizo ciego.

—¿Y oíste de lo que hablaron?  
—Todo lo oí sin recelo.  
—¿Y entró él á fuerza hasta allí?  
—Entró sin consentimiento.

—¿Dices la verdad?—Lo juro  
Ante ese Sér sempiterno.  
—¿Cuál es el nombre de ese hombre?...  
—Lo ignoro; y esto es lo cierto.

—¡Oh gran Dios! del corazon  
Se me ha quitado un gran peso,  
Que me oprimia cual losa  
Del sepulcro triste, horrendo.

—El entró de ella á pesar;  
Mas solo alcanzó desprecios,  
Y palabras que irritaron  
Al atrevido mancebo.

Y cuande sintió tus pasos,  
El balcon abrió lijero,  
Y salió por él sin dar  
A que le alcanzaras tiempo.—

Pareció quedar tranquilo  
Don Juan al escuchar esto,  
Y que la calma volvía  
A su destrozado pecho.

Mas fijando de repente  
Los ojos con aire fiero  
En su esposa que le hablaba,  
Esclamó con fuerte acento:

— ¡Mentís!... mentís!... miserable!...  
Tú me engañas... sí... lo veo...  
¡Oh! sí... su muerte es preciso...  
Lo mataré sin remedio ...

¿Y estos niños de quién son?...  
Dijo acercándose á ellos  
Y mirándoles furioso,  
Y á su esposa sacudiendo.

— ¡Ah!... no los conoces, Juan?...  
¿No los conoces?... ¡oh cielos!...  
¡Cada día está peor...  
¡Cada día!... no hay remedio!...

— Pero ¿quiénes son? .. responde. .  
Responde ¡infame! ó te pego...  
— ¡Papá!... papá!... los tres niños  
Asustados respondieron.

No la pegueis... no, papá...—  
Y á defenderla corrieron,  
Mientras la infeliz Maria  
“Son, dijo, tus hijos tiernos.”

-- ¡Mis hijos?... ¡ah!... son mis hijos!...  
Sí... sí... les conozco .. es cierto...  
E imprimió de cada uno  
En la frente un dulce beso.

Y en sus rodillas sentólos,  
El sentándose en el suelo,  
Y esta cancion de Zorrilla  
Entonó con tosco acento:



“Bailemos, bebámos,  
“La vida es muy corta;  
“Tal vez nos importa  
“Pasarla feliz;  
“Y si al fin perdida  
“Se llora la vida,  
“Gozando se olvida  
“Tan lúgubre fin.”



Pero cesó de repente  
De dar sus ecos al viento,  
Y de pié volvió á ponerse,  
Como herido de un recuerdo.

“¿Y á qué habeis venido aquí?...  
Dijo despues de un momento,  
Mordiendo hasta hacerse sangre,  
Los labios pálidos, secos.

Esta es casa prohibida....  
Si... es una casa de juego...  
¡La sota!... ¡maldita sota!...  
¡Me han ganado!... ¡nada tengo!...—

En la pieza entró á este punto  
El doctor con paso lento,  
Y don Juan precipitado  
Sobre él se arrojó al momento.

—Mira: este es, dijo, el infame  
Que mi honor puro ha deshecho:  
¡Le conoces?... ¡desdichada!...  
El mismo te ha descubierto!...”—

Miró el doctor á María  
Con un semblante severo,  
Por ver si habia á don Juan  
Sus amores descubierto.

Pero á una seña que ella hizo  
Quedó pronto satisfecho,  
Y contestó así tranquilo  
A don Juan en el momento.

—¿Qué estais hablando, don Juan?...  
¿Qué, no conoceis mi acento?...  
Soy el doctor, vuestro amigo,  
Que á saber cómo estais vengo.—

Calmóse don Juan entonces;  
Y llevándole á un extremo,  
Le dijo: “¿vienen por fin?  
Hace gran rato que espero.

No supo el doctor de que  
Le hablaba aquel hombre; pero  
Contestó el humor llevándole:  
“Sí; vendrán... os lo prometo.”

—Pues bien voy hácia la sala:  
Dijo don Juan en secreto.  
Decidles que ahí los aguardo,  
Y fué á la sala lijero.

Al verse libre el doctor  
Del esposo de su dueño,  
Se acercó á María, afable,  
Y con el rostro risueño:

—¿Qué habeis, hermosa María,  
La preguntó, al fin resuelto?...  
¿Quereis ver á vuestra hija,  
O aun despreciais mi amor tierno?...

— ¡Ah! doctor, no habéis de amor  
En estos tristes momentos...  
No habéis de amor cuando veis  
Mi dolor crudo y acerbo!

No: no insultéis mis desdichas  
Hablándome de contentos:  
No me habéis de vuestro amor  
Cuando á él mis pesares debo...

Quando por él ha perdido  
El juicio mi esposo tierno,  
Y cuando tantas miserias  
Por él y desgracias tengo...

Tened compasión siquiera  
De estos ángeles sinceros...  
De estos de mi corazón  
Pedazos que amo en extremo.

¡Ah! doctor, ¿por qué teneis  
En que os ame tanto empeño?...  
Mirad: mi rostro está ajado  
Ya por tantos sufrimientos...

He vertido tantas lágrimas,  
Que ya hondos surcos han hecho  
En mis mejillas, que pálidas  
Revelan mis sufrimientos.

— No, María: mas hermosa  
Os miro á cada momento;  
Y vuestra melancolía  
Hace mas hermosa veros.

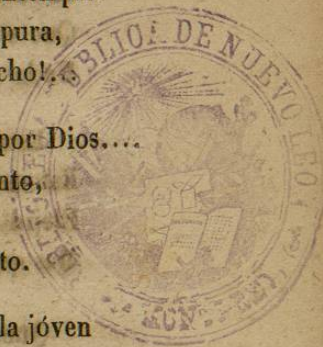
Estais pálida, es verdad;  
Pero es palidez del cielo:  
Palidez de un anjel puro  
Entre mil nubes de incienso.

Palidez que da mas realce  
A vuestros contornos bellos,  
Como es mas bella la Virgen  
Pálida al pié del madero.

¡Ah! sí, no puedo pintaros  
Cuán hermosa yo os contemplo!  
Ni cuánto al veros tan pura,  
Os ama mi ardiente pecho!

Amadme, amadme, por Dios....  
Amadme por un momento,  
Y sucedan á las penas  
La ventura y el contento.

Y Carmen tambien, la jóven  
Que padece ha tanto tiempo,  
A este amor deba su dicha,  
A este amor que tanto anhelo.



—¡Ah! doctor, rogais en vano:  
No pediros me he propuesto  
Por esa hija que tanto amo,  
Por que ser fiel he resuelto.

Y porque sé que es inútil  
Mostraros mis sufrimientos,  
Porque nunca jeneroso  
Sereis conmigo en el suelo.

Quereis mi virtud por Carmen....  
Me la entregais á este precio....  
Pues bien: disponed de mi hija....  
A ese cambio no la quiero....

Muera ella jóven con honra:  
Sufra como yo sin miedo,  
Que si no en la tierra impía,  
En la gloria nos veremos.

Esta es mi resolucion:  
Estos son mis sentimientos:  
Elejid lo que os convenga;  
Mas que no me habeis os ruego.—

Quedó el doctor sorprendido  
Tales palabras oyendo,  
Dudando si era verdad  
O algun horroroso sueño.

—Y sabed que si seguís  
Persiguiéndome mas tiempo,  
Contaré á mi esposo todo,  
Y hasta mi crimen horrendo.

Sí: ya basta de bajezas:  
Ya basta de sufrimientos;  
Porque al colmo han ya llegado,  
Y resistir mas no puedo.

Salid, pues; don Juan de B....  
A quien beneficios debo,  
Cura á mi esposo, y que piense  
Que vos le asistís no quiero.

El ayer me aseguró  
Que dentro de poco tiempo  
Su juicio recobrará  
Perfectamente el enfermo.

Y como el veros seria  
Darle á entender que no tengo  
Confianza en él, doctor,  
Que de aquí salgais os ruego.—

Los ojos del vil amante  
Despidieron vivo fuego,  
Al verse así despedido,  
Pero ocultó su despecho.

Y meditando vengarse  
De un modo atroz y sangriento,  
Sin hablar una palabra  
Salió á la calle lijero.



## PASO TERCERO.

### LOS ARTESANOS.

Pláceme historias pasadas.  
J. AROLAS.



Hemos llegado á los terribles dias  
De agitacion y de terribles ansias  
En que en Méjico los jóvenes y ancianos  
Vuelan al grito de la madre patria.

En que ambiciosos pérfidos vecinos,  
Que libertad por donde quier proclaman,  
El terror esparciendo y el espanto  
A otra nacion hacer quieren su esclava.

Pero no cuando fuertes los sus hijos  
La defienden unidos porque la aman,  
Sino cuando en mil bandos divididos  
Sin compasion el seno la desgarran.



No de otra suerte el débil y cobarde  
Que teme del contrario la pujanza,  
Cuando enfermo le mira, flojo, y triste,  
Villanamente le asesina y mata.

Pero aun hay hombres que anhelando fuertes  
De su suelo natal la gloria y fama,  
Al rededor del pabellon que adoran,  
Se reunen valientes, sin tardanza.

Y uno de estos patriotas es don Lúcas.  
Un honrado artesano de noble alma,  
Que latir siente un corazon de fuego  
Bajo el hielo que muestran las sus canas.

Es sastre, y su obrador es visitado  
De aquellos elegantes de mas fama,  
Y tiene un capital considerable  
Y una hija tierna de hermosura y gracia.

A la voz del peligro él fué el primero  
Que impertérrito el grito dió de "al arma,"  
Y el que á sus oficiales infundiera  
De luchar un deseo por la patria.

Así es que en el taller del buen don Lúcas  
Solo de guerra y esterminio hablaban,  
Y el anciano sentia por sus venas  
Correr la sangre con mayor pujanza.

—Señores, dijo un dia en que el peligro  
Ya muy cercano y fiero se miraba,  
Sera esposo de Elisa, mi hermosa hija,  
El que mas valor muestre en las batallas.

Sí, de mis oficiales el mas fuerte,  
El que muestre en las lides mas constancia,  
Ese ha de ser su esposo, sí, sin duda,  
Yo lo aseguro bajo mi palabra."

En los rostros de todos la alegría  
Mas viva se pintó y extraordinaria,  
Al escuchar que el premio al valor era  
La mas linda y mas cándida muchacha.

Así es que cada cual sintió en su pecho  
El corazon latir con la esperanza;  
Y todos el momento de la lucha  
Con indecible anhelo ya esperaban.

—¿Y entran vuestros amigos en el número  
De los que al premio aspiran con el alma?  
Preguntó un jóven de agradable porte  
Que era un buen parroquiano de la casa.

—Por supuesto, don Diego: contestóle  
El patriota don Lúcas sin tardanza;  
Y en la faz de don Diego retratóse  
La señal del valor y la esperanza.

--Yo, dijo un elegante jovencito  
Mirándose á un espejo de dos varas,  
No soporto el olor de la vil pólvora  
Que desde lejos me provoca á basca.--

Y acercóse algo mas hácia el espejo  
Y el lazo se arregló de la corbata,  
Y retiróse luego, sin la vista  
De la luna apartar do se miraba.

Si fuera entrar en lid, en lid de modas  
Do se luciera el garbo y la elegancia,  
Gustoso aceptaria, bien seguro  
De alcanzar al momento yo la palma.

Mas meterse á maton un elegante  
Que tratar solo sabe con las damas,  
Fuera el mayor absurdo y el delito  
Mayor del hombre que las modas ama.

--Pues yo creí que amábais á mi hija.  
—Y la adoro sin duda con el alma,  
Y prueba mas mi grado de ternura  
El horror á la pólvora y las balas.

---¿Os chanceais, don Arcadio? dijo Diego  
Tantas al escuchar necias palabras:  
No hay corazon mas noble que el del hombre  
Que morir sabe por su madre patria.

---Tiene razon, tiene razon dijeron  
A una voz todos con enojo y rabia;  
Mas don Arcadio, sin hacerles caso  
Volvió el lazo á arreglar de la corbata.

Solo entre aquel bullicio y movimiento,  
A un hombre taciturno se miraba,  
Detras del mostrador, sin tomar parte  
En la conversacion tan animada.

El primer cortador de Lúcas era,  
Y en cortar se ocupaba una casaca  
En aquellos momentos, para Arcadio,  
Que en frente del espejo se paraba.

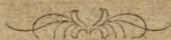
---¿Y vos no decís nada don Mamerto?...  
Hoy estais muy callado, ¡vaya!... ¡vaya...!  
Dijo don Lúcas: olvidad un rato  
A esa linda Lúisa que os abrasa.

Cuando se habla de lides, el primero  
Soleis ser vos que toma la palabra,  
Mostrando ese ardoroso patriotismo  
Que sabeis me enajena y que me pasma.

---Es verdad; mas hay ratos en la vida  
En que el dolor al hombre le avasalla,  
Y en que su pensamiento, de un objeto,  
Aunque procure separar, no aparta.

Vos lo habeis dicho ya: sí, yo amo á Luisa,  
Y por eso he callado cuando hablaban  
Del premio que alcanzar debe aquel hombre  
Que se porte mejor en las batallas.

Y á quedarse volvió triste y callado,  
Y prosiguió cortando la casaca;  
Y los otros siguieron disputando,  
Respecto de las modas y las balas.



Han cuatro dias pasado  
De aquesta conversacion,  
En que don Lúcas su hija  
Al mas bravo prometió.

Pero es preciso sepámos  
Si de Elisa el corazon,  
Era ó no era indiferente  
Por entonces al amor.

Sepámos si dentro el pecho  
Oculta alguna pasion,  
Que la haga vivir inquieta  
Por el hombre que adoró.

Entremos, pues, si os parece  
A do vive, buen lector,  
Si deseais conocerla  
Como lo deseo yo.

Pero ¡ah! feliz coyuntura:  
En la sala veo á dos  
Criados que hablan de Elisa,  
Prestemos, pues, atencion.

